

APOLÓ

AÑO II

Número 10

REVISTA DE ARTE - - -
- - - - Y SOCIOLOGÍA
- - DE PÉREZ Y CURIS - -



MONTEVIDEO - BUENOS AIRES

25 DICIEMBRE DE 1907 25

APOLÓ

REVISTA MENSUAL DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DEL URUGUAY
Y LA ARGENTINA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MENSUAL

Edición económica	\$ 0.15	oro
» de lujo	» 0.20	»

• • •

Administrador: LUIS PÉREZ (Ejido 190)

La correspondencia literaria á PÉREZ Y CURIS

— MONTEVIDEO (URUGUAY) —

Obras de Perfecto López Campaña

PUBLICADAS

- «Nervosismos» (Páginas y estudios).
- «Fanfarria de Prejuicios» (Crónicas, cuentos é ideas sueltas).

CONCLUIDAS

- «Desde el Patagonia» (Memorias íntimas de un aprendiz artillero).
- «Mar de Fondo» (Novela de ambiente).
- «En el jardín de las mentiras» (Cuentos).
- «Hacia el porvenir» (Drama en tres actos y en prosa).

EN PREPARACIÓN

- Capítulo de Sociología Americana.
- «El Uruguay» (Factores de evolución é involución).

Obras de Pérez y Curis

PUBLICADAS

- «La canción de las Crisálidas».
- «El poema de la Carne».

(Poesías).

«Heliotropos» (Poesías).

«Rosa ignea» (Cuentos).

EN PREPARACIÓN

- «Por jardines ajenos» (Páginas de Arte).
- «Alma de Idilio» (Poema).
- «Albas sangrientas» (Poesías de combate).
- «La Ola» (Novela).
- «En el huerto de los besos» (Poesías).

Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Redactor: P. LÓPEZ CAMPAÑA — Secretario de Redacción: O. FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO II — N.º 10.

Montevideo — Buenos Aires, Diciembre de 1907.

De "Enfermedades Sociales"

El adelanto material

Los pueblos de filósofos y de retóres como la Grecia fantasmal de nuestra edad antigua, sólo podrían mantener su plena autoridad en estas épocas complicadas y multiformes á condición de unir á sus excelencias metafísicas y á su superioridad pensante, una vigorosa juventud industrial, económica ó manufacturera, y un espíritu vivaz, siempre despierto, capaz de ir revistiendo, simultáneamente con las otras agrupaciones, las mismas formas externas, y los mismos refinamientos en la existencia material. Imaginar que un país puede contrabalancear con sus especulaciones trascendentales y con sus exquisitezces artísticas, el empuje absorbente de los que le rodean, es abandonarse al imposible. La vida está hecha de equivalencias. Y el equilibrio es una paralellización de fuerzas anuladas.

Olvidando estos principios, ciertos pueblos latinizantes han conservado como recuerdo de su origen y de sus aficiones de varios siglos, una confusa tendencia á encerrarse en el ideal y á descuidar extremadamente las otras formas de la energía humana. En el momento actual algunos dejan ver un sensible achatamiento. Ello se transparenta hasta en los detalles ínfimos. Porque los maravillosos constructores de paradojas, obsedidos por la nubes, acaparados por preocupaciones altísimas, parecen considerar su paso por el planeta como una cosa provisoria que no merece grandes cuidados. No son, ni con mucho, filósofos estoicos, enemigos de la molicie. Pero la disposición que demuestran para los asuntos intelectuales, se transforma á menudo en inaptitud, así que atacan el abecedario casero de las necesidades cotidianas.

Pereza de las facultades creadoras

Es evidente que la falta de esas comodidades, de ese *comfort*, de esos perfeccionamientos incesantes y múltiples que exige el ser humano cada vez más complejo, más vibrátil y más alto, indica una interrupción en la fuerza ascensional de un pueblo. A una creciente superioridad de aptitudes, corresponde una más grande intensidad de progreso traducido en bienestar.

En determinadas comarcas, el hombre se siente acariciado por la facilidad de las cosas. Todo resbala y se ofrece.

En otras todo parece estar hecho de pedacitos. Falta la concepción audaz, la resolución franca. Se nota cierta mezquindad, cierta economía, cierto deseo de hacer de lo indispensable lo menos posible y de burlar la opinión, dándole la mitad de lo que aguarda.

No basta que una *élite* viva con el siglo. Lo que marca el progreso y la victoria es la difusión del bienestar dentro de las fronteras y lo que cuenta en los cómputos universales, es el término medio de la felicidad individual dentro de cada nación. La aristocracia rusa tiene las mismas costumbres refinadas que la aristocracia inglesa, pero eso no significa que ambos pueblos estén al mismo nivel. Lo que en aquel país es patrimonio exclusivo de una casta y forma como una isla dentro de la nación, resulta en éste extendido y común á un número infinitamente mayor de individuos. Lo que en Rusia sólo alcanza para perfumar la cima, resbala en Inglaterra por las laderas y florece la mitad de la montaña.

La cultura de las naciones puede calcularse por sus necesidades. Los pueblos que marchan á la cabeza, son también aquellos en que se vive mejor, desde el punto de vista de la alimentación, de los transportes, etc. . . Las simetrías de la existencia quieren que á una superioridad de pensamiento corresponda una superioridad de vida material. Algunos desmienten esta regla. Y es porque sufren la influencia de un factor nuevo que está á menudo en contradicción con el espíritu general del país y que se llama: la falta de iniciativa.

Una revista de Viena, *Die Zeit* abrió una «enquête» sobre la influencia francesa en Alemania. Los profesores, literatos y artistas consultados por ella hicieron respuestas evasivas, francas ó irónicas. Pero casi todos dejaron la misma impresión desconcertante. Alemania admira la intelectualidad francesa, pero se considera superior á Francia por su acción de conjunto sobre el siglo. Se defiende de lo que llama el «alma femenina» de París. El sentimiento del *deber* le da según ella la fuerza necesaria para obrar; mientras que el francés, escéptico, carece de motivos para sacrificarse. Francia es un niño travieso y sublime cuyo espíritu superficial no concuerda con la necesidad que dicen sentir los sajones de cosas fundamentales. Quizá exageran éstos un tanto la solidez que se atribuyen. Pero es lo cierto que en Berlín ó en Hamburgo se advierte más á menudo la titilación de un espíritu crítico constantemente despierto y aplicado á las cosas corrientes.

La iniciativa

La iniciativa es la renovadora de la existencia; la facultad con ayuda de la cual el hombre va haciendo entrar futuro en el presente. Sin ella todo permanecería estancado á lo largo de los siglos y las edades serían reproducciones pálidas de un eterno tipo ancestral. Es lo que pone en movimiento á las sociedades, lo que las da rasgos propios, lo que las hace cambiar de piel. La iniciativa no resulta por su esencia una cosa de conjunto, es una función personal. No es obra de los organismos, sino de las moléculas. Se tradu-

ce en una acción individual y constante que descubre circunstancias, analogía, procedimientos, disociaciones, matices, aplicaciones ó formas desconocidas, que después se difunden y aumentan el *haber* de la colectividad. Iniciativa fué la del primer hombre que hizo brotar el fango, que esclavizó las fugas del caballo, que impuso á los árboles la forma de una choza, que traspuso con un puente el imposible de los ríos, que experimentó las virtudes de una planta, que adivinó la rueda, que mordió una fruta, que modificó el traje, que se bañó en el mar, que podó un árbol, que se sirvió de un aviso, que imaginó un paraguas, ó que introdujo, creó ó aclimató algo inédito. Iniciativa es la del primero que puso un freno á la locomotora, que dió rueda libre á la bicicleta, que resolvió un perfeccionamiento en el servicio postal, que acortó la duración de un viaje ó que determinó cualquier mejoramiento de lo existente. Tener iniciativa es transponer la costumbre, ser más que un fonógrafo, razonar las cosas, vivir completamente. Los paralíticos de alma se contentan con la tradición; los hombres plenos ven á través de ella. Si lo miramos bien, la iniciativa no es más que producto de la curiosidad y de la lógica. Quizá entra en ella también un poco de prescincia y de adivinación. Pero es el motor supremo de los pueblos y su condición de triunfo. Cuando ante una escena ó un caso inesperado (haciendo abstracción de los grandes conflictos morales), un hombre no acierta á resolver lo que conviene y busca en el pasado un ejemplo ó un lazarillo, se puede decir que ese hombre decae. Ya no es capaz de saltar por sobre la dificultad para crear vida. Es un baldado... Juventud, significa exuberancia, decisión y jaque á los imposibles. Los pueblos jóvenes y triunfantes son aquellos en que se oye el chisporretear de la inventiva, en que cada cerebro es un laboratorio de deducciones y de inducciones, en que se extrena una vida todas las mañanas, en que el hombre siente dentro de sí el fuego creador, base de la supremacía de la especie y origen de nuestra ascención interminable. Fuera de la iniciativa no hay más que estancamiento y derrota. Basta echar una ojeada sobre las naciones, para comprender la importancia de esta facultad que algunos consideran como subalterna y que es en realidad el origen de todo progreso. Si España pierde terreno, es porque ha descuidado la iniciativa. Mientras ella permanece anclada en sus costumbres, los otros pueblos continúan su marcha hacia el sol, algunos, como los Estados Unidos, con una rapidez grande. Porque en la América del Norte la iniciativa es el resorte principal. Una educación razonada y libre ha habituado á los hombres á la acción y les ha dado con la facultad del análisis la costumbre de la crítica y el deseo de mejorar las cosas. Todos concurren según sus facultades y en su esfera á empujar la monstruosa bola de nieve de la civilización. Así consiguen ir adelante en la fuga hacia los límites.

La ausencia de "personalidad"

No faltará quien argumente que unos pueblos han nacido con particulares aptitudes para los asuntos materiales y otros para los asuntos espirituales, que unos resultan excelentes administradores

ó empresarios, y otros incomparables poetas ó filósofos, que aque-
lllos son la carne y éstos el alma de la humanidad.

No nos deslumbré la paradoja. La ciencia dice que todos, con excepción de los enfermos y los baldados, han nacido con una organización cerebral semejante. Si unos pueblos demuestran tener mayores preferencias por una cosa que por otra, ello depende de la educación que vienen recibiendo. Tan es así, que los franceses fueron un tiempo maestros en cuestiones que hoy resultan ajenas á su competencia. A una educación racional, deductiva, experimental, corresponden temperamentos curiosos, razonadores, y atrevidos. De una educación de fuegos florales, no pueden salir más que exelentes retores mal preparados para la existencia moderna.

Es innegable que la falta de iniciativa de que nos ocupamos arranca del Liceo. Los sistemas pedagógicos en uso consideran al niño como un rodillo impresionable de fonografo. Sólo le piden memoria. Y esa anulación de la personalidad, que empieza en la escuela, se prolonga y se acentúa después en la vida.

Surgen hombres que no se atreven á desafiar la opinión. « Hacerse notar » es lo peor que les puede ocurrir. Por no « hacerse notar » se calla la boca el cliente á quien sirven en el restaurant un beefsteak calcáreo; por no « hacerse notar » se corre y huye el transeunte insultado por el pilluelo; por no « hacerse notar » se ejecutan ó aceptan millares de cosas nocivas ó desagradables que nadie toleraría á solas, pero que todos acatan é imitan en público, terrorizados como están por la idea de diferenciarse de los demás.

Timidez material y moral

Así se ha llegado casi á suprimir la afirmación. Quien sabe que está lloviendo, expresará su certidumbre en forma dubitativa: « parece que llueve... » Se me dirá que ello señala una gran moderación de carácter y una encomiable prudencia filosófica. Pero esa eterna fluctuación, ese estado neutro, esa inevididumbre, es, á la postre, muy nefasta. Los que triunfan son los campeones que blandan con denuedo la afirmación, esa espada del espíritu y los que seguros de su razón, lo aprecian y lo resuelven todo individualmente, sin pasar revista á las caras de los demás.

Otras de las causas que dificultan la iniciativa, es la tendencia al ahorro y el temor que tiene cada cual de arriesgar su tesoro. Buena parte de los que poseen un pequeño capital que les permite una existencia mediana, prefieren la chata tranquilidad del rentista, á las agitaciones, después de todo, viriles y saludables, de los que excusan en cierto modo su riqueza haciéndole producir, en una forma ó en otra, mayor bienestar para la colectividad. Los que no caen en ese vicio, emprenden negocios tradicionales y usados, en que las probabilidades de pérdida están reducidas al mínimo. Los más valientes se aventuran en especulaciones de bolsa. Pero muy pocos inician esas empresas nuevas ó abren esos caminos inéditos, que dentro de la organización económica actual, contribuyen á aumentar la habitabilidad de un país. Falta la osadía y la confianza

en las propias fuerzas. Intentar variaciones, abrir surco, comenzar algo, son cosas que parecen temerarias. Lo común es seguir por el camino conocido, á remolque de los muertos.

MANUEL UGARTE.



LUISA R. GUARNASCHELLI

La Esfinge

Para APOLO.

Yo tengo cada noche en mi prisión obscura,
Cuando me duermo triste, un sueño extravagante,
En que parece veo tras el cendal flotante
Con que las sombras forman su negra vestidura,

Una beldad marmórea de trágica hermosura
Como la Esfinge griega, biforme y arrogante:
El cuerpo recio, alado, de fiero león rampante,
Y de mujer el busto, con ojos de escultura.

No habla ni vé la estatua; enigma es su mutismo,
Misterio impenetrable del Porvenir incierto,

Y, como el que se siente perdido en un abismo,
En la Tebaida fría de este árido desierto,

Ante el Arcano horrible pregúntome á mí mismo
Si es que estoy dormido ó es que estoy despierto!

La Quimera

Pero otras veces sueño que de una inmensa altura
Luz estellar desciende, que mi celda ilumina,
Y en un fondo que tiene matiz de agua marina
Una «mujer-quimera» destaca su figura.

En sus azules ojos chispa de amor fulgura,
Hasta mi lecho llega y sobre mí se inclina
Para besarme, y gozo cuando su purpurina
Boca en mi frente imprime un beso con ternura.

Y cuando el tiempo pasa y la tiniebla insiste
En recobrar su imperio, la forma peregrina
De la visión aérea todavía persiste,
Aunque mis ojos cierre, grabada en mi retina;
Y esa «mujer-quimera», que blancos velos viste,
Eres tú, mi Deseada, eres tú, mi Corina.

ADRIANO M. AGUIAR.

Agosto, 1906.

La Flor de San Juan

Estamos en Junio, en el San Juan del verano, y alrededor del enjuto Bautista, comedor de langostas, convertido por la superposición de los cultos en sucesor directo de Helios, se despiertan las leyendas solsticiales.

Ayer el amigo Moulet me contaba una ... Pero no conocéis al amigo Moulet, un honrado hombre, combatiente en 1851, cuya barba ha emblanquecido paralelamente con la mia, con un poco de anticipación sin embargo, y á quién yo admiraba muy pequeño, cuando marchando hacia atrás, con un paquete de cáñamo sobre la barriga, hilaba esas cuerdas á lo largo de los antiguos terraplenes.

Ahora que el progreso de la mecánica ha suprimido la primitiva industria de la cordelería, Moulet, como un filósofo resignado cultiva legumbres y flores en campos Brencous, en medio de las rocas y de las canteras transformadas en jardines.

Es dichoso y no se lamenta, porque el aire que se respira en aquella altura es el más puro y la vista de que se disfruta es la más admirable del mundo.

No obstante, no fué en ese paraíso rocalloso donde Moulet me narró la leyenda. Moulet es, por naturaleza, poco hablador. Para desatar su lengua fué menester que la casualidad de un encuentro y de una excursión improvisada nos condujese por el camino de Ribiers hasta el pueblo de Amarons y sus casucas agrupadas al pie del imponente bloque calcáreo, sobre el cual se alzaba, en tiempo de los cónsu-

les, de los podestás y las antiguas guerras, la *bastida* fortificada de San Juan.

Entonces, me dijo Moulet:

— Tú sabes que aún al presente la bastida de San Juan conserva el renombre de un sitio muy particular, donde ocurren en cuatro días, y precisamente en esta estación, cosas que no son cristianas.

— Diantre!

— Parece ... Pero déjame tomar aliento ...

« Parece que todos los años, el día de San Juan, cuando suena la hora de media noche, nace una flor en la montaña, una flor maravillosa que alumbría, iluminando la hierba alrededor suyo, como lo haría un gusano de luz.

« Los caminos, por los cuales puede llegar hasta ellos son senderos de precipicios y no hay sino un momento para cogerla. Pero el que la conquista está seguro de ser amado, ofreciéndola á la persona á quien ame.

« Ahora bien, sucedió que una dama encopetada, una princesa — pues las mujeres también pueden coger la flor — amaba á alguien de quien no era amada, y por consejo de su confesor, hombre versado en ciencias, subió á la cumbre, hasta las ruinas de San Juan, en el día y á la hora requeridos.

« Llegó, vió la flor que destellaba y distinguió, á pesar de la negra sombra, su cáliz color de luna que por dentro tiene color de sol. Pero cuando se allegó á cogerla, alguien la tenía ya: un campesino joven y pobre, con

su saco y su planta, en traje de pastor de cabras.

« La princesa trató de comprar la flor.

— « Nós, nós, hermosa dama, imposible! Si vos llegáis á tocarla me amaréis y eso no estaría bien.

— « ¿Por qué?

— « Porque yo amo á otra, de quien deseo hacerme amar.

— « Más bella que yo?

— « Pues que yo la amo, aunque sea un poco rojiza y esté curtida de sol, para mí es más bella que todo el mundo.

« Y el pastorecito se marchó, llevándose la flor, y mientras que el pastorecito se compadecía de la princesa, porque tenía un buen corazón, la princesa, á pe-

sar de su corona, envidiaba á la rústica amada del pastor.

No pude contenerme é interrumpí á mi amigo Moulet:

— He allí una flor que es necesario poseer.

— ¿Ahora, para que nos serviría?

— No importa! Tú debías haberme dicho esto antes. La posesión de este secreto me hubiera ahorrado muchas tristezas.

— Yo mismo no lo supe sino ayer.

Nos miramos sonriendo, con un poco de melancólica pesadumbre en los ojos. El secreto de la dicha llega siempre demasiado tarde. Así es como se estila en la vida.

PAUL ARÉNE.

MISERERE

La Margarita del Fausto

Sara «Apolo».

Sufrías un mal hondo, ineluctable,
Rebelde á las benignas confidencias,
Y en tus ojos mendigos de clemencias
Divagaba un enigma indescifrable.

Tú llorabas las pálidas ausencias
De una pasión fatal, inolvidable,
Y de tu lloro que era inagotable
Cien Ocasos bebieron sus dolencias.

Con una exangüe marchitez de lirio
Se agostaba tu ser en el delirio
De un insomnio, hasta que, piadosamente,
Allá en la bruma de un Ocaso lila
Desvaneceíse el llanto en tu pupila
Y te dormiste, al fin...! eternamente!

Juan Pieón Olaondo.

Sangre azul

El salón es muy amplio, el más amplio del antiguo palacio que habitaron siempre los duques de San Esteban; tiene cuatro balcones con sus persianas tendidas y las madejas entornadas, de modo que sólo penetran en la estancia cuatro rayos de luz que la dejan bañada en suave penumbra.

Adosados á los muros, en los huecos que se forman entre balcón y balcón, reposan tres bargueños antiguos de nogal obscuro y graseño, en cuya madera hizo el artífice, con paciencia de esclavo, labor de talla minuciosa. Los herrajes de acero destacan sus pinceladas brillantes en la obscuridad de la madera.

De las paredes penden, cubriendolas por completo, tapices africanos de colores violentos, tapices tejidos con indolencia mora, y sobre ellos, encerrados unos en marcos de roble, otros en molduras de oro antiguo, muestran sus adustos ceños todos los duques de San Esteban que fueron; la pátina y la luz han ido cambiando colores y bormando detalles: los rostros que quizá en un tiempo tuvieron rosas de sangre en las mejillas, tienen hoy amarillez de cera; los labios en vez de carmín son rosa pálido; las damas son graves, ninguna sonrie: se diría que los artistas pensaron en el fenece de sus modelos.

Completan el menaje de tan peregrina estancia, sillones con respaldos y asiento de cuero cordobés y remaches anchos de plata. Cubre la puerta de entrada amplio telón de paño azul, en cuyo centro se vé la corona y el escudo heráldico de los duques; hay en este escudo tres cantones: uno horizontal y dos verticales: el diestro del jefe es un campo de azur con barras de oro; en el siniestro hay un castillo por entre cuyas almenas asoma un brazo armado con daga milanesa, y en el horizontal de la punta un gato

de negro pelo y ojos verdes que tiende fiera mirada.

El tapiz se levanta con frecuencia para dar paso á gentes que van entrando; todas vienen con caras tristes, con ropajes negros, con guantes negros; los hombres con corbata negra también; avanzan hasta el fondo en donde el duque está como hundido en amplio sillón de erguido respaldo. Es un hombre de cierta estatura, de rostro enjuto y rasurado, envuelve su cuerpo en obscura levita y sostiene en una de las nianos blanco pañuelo que de vez en vez le sirve para enjugar sus ojos.

Los saludos son todos hermanos.

— ¡Duque! — Dice una señora que llega con su hija; y la exclamación que al parecer iba á brotar dolorosa se rompe en estas palabras y en ellas se queda.

Los hombres se acercan decididos, como quien va á ejecutar un acto de valor, estrechan con sus dos manos la diestra del noble y la sacuden nerviosa y largamente como queriendo demostrar una pena y una emoción que están muy lejos de sentir.

Luego el grupo que se formó para saludar al viejo se va deshaciendo y se vuelve á formar con nuevas personas. Van sentándose en corrillos: viejos con viejos y jóvenes con jóvenes. Al cabo de un rato, junto al de San Esteban sólo queda una anciana.

— ¿Ha visto usted, marquesa?

— ¡Pobre Eulalia!

— Si, marquesa, si, y pobre también de mí que me quedo sin ella; de mi hijo que enloquecerá de dolor... ténganos compasión, acabamos de perder algo muy grande... algo que no sabemos aún bien lo que era. — Fluyen las palabras de boca del anciano, á borbotones como la sangre de una herida.

— ¿Y Alvaro, vendrá?

— Ya no, ¿para qué? Le avisa-

mos que su madre estaba enferma y á las tres horas justas tuvimos que ponerle un telegrama á Augusto, que está con él, para que preparese al pobre hijo a recibir la noticia de su desgracia horrible.

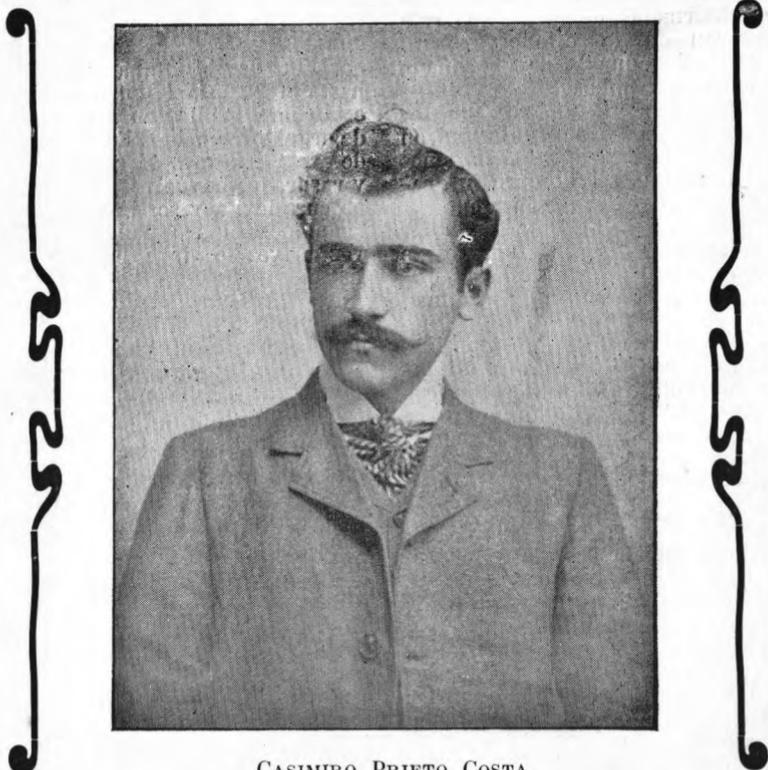
¡Pobre Eulalia!

Pasa au momento de silencio absoluto. Pónese en pie la marquesa

Se incorpora el anciano, y con paso temblón, se acerca á un grupo en el que se está hablando de política.

Dos de los individuos se separan al verle avanzar, y quedan otros dos.

— ¡Han visto ustedes qué desastre!



CASIMIRO PRIETO COSTA

y con un suspiro y una frase estudiada despídense y sale.

Queda el duque aislado en su sillón. De todos los corrillos comienza á surgir el siseo de conversaciones en voz baja, silenciosas como murmullos de agua, como rezar de ancianas, y de cuando en cuando se oyen risas contenidas que quieren estallar al tiempo mismo que manos delicadas, femeninas, llevan á la boca la albura de sus pañuelos.

— ¡Tan buena como era la pobre!

— ¡Ya lo creo! Eso dice por ahí todo el mundo. ¡Tan buena como era! Por cierto que ahora mismo me lo decía Roldán en el salón de conferencias. Me encargó que saludase á usted en su nombre. El también está de duelo.

El duque interroga con sus húmedos ojos.

— ¿No sabe usted? ¡Una derrota escandalosa de la mayoría!

El otro interlocutor se asombra y pide detalles; la conversación vuelve á tener por tema la política y el de San Esteban vá con su melancolia hacia Clarita Rubio, que está sola, sentada cerca de uno de los bargueños pasando el regatón de su sombrilla por encima de los dibujos del tapiz que cubre el parquet.

— ¡Clarita, verdad que tú has sentido mucho la muerte de la ducha?

Clarita levanta los ojos y como haciendo un esfuerzo, responde:

— ¡Ya lo creo! Como que siempre estaba procurando que lo pasásemos bien, y daba bailes y thés, y hacíamos comedias... y, usted no sabe lo mejor, ahora iban á presentar á Diego Granada, figúrese usted lo contenta que yo estaba; pero cuando ya sólo faltaban unos días para el de su santo, ocurre la desgracia. ¡Le digo á usted que tengo una suerte!

El duque llora silencioso, la dama vuelve á repasar con la sombrilla las líneas de la alfombra y transcurre un momento sin que ninguno de los dos diga palabra.

Por fin él hace desaparecer el silencio:

— También ella te quería á tí mucho, mucho. Mira, una vez, estando en la mesa, hablábamos de tus relaciones con Dieguito, y la pobre, como os quería á todos lo mismo que si hubierais sido sus hijas, como tenía un corazón tan grande... — el viejo solloza angustiado por el recuerdo; un *ps ss*... larguísimo, cruza el salón, la niña levanta la cabeza.

— Perdóname un momento ¡eh, don Justo? voy á ver qué quiere Conchita Ríos. Y Clarita se aleja muy de prisa, casi saltando, y vá á sentarse en medio de un grupo que formaron al entrar las de Saldaña, las Montero, Eugenia Cortés y Conchita Ríos con su hermano Paco.

Don Justo las mira con cariño y vuelve á llorar; la conversación brota ya casi alegre de todas las bocas, nadie se acerca á consolar al anciano que vuelve á ponerse en

pie y se dirige hacia la puerta; con mano temblorosa levanta el azul cortinón, el gato se encoge entre los pliegues, encorva más el lomo, parece que va á saltar, pero el tapiz cae y vuelve el felino á su posición constante

El duque marcha lentamente por el largo pasillo; sus sollozos, que trató de contener en la sala, estallan ahora triunfantes, casi con alaridos de dolor; á las veces parece que le cortan la respiración, pero es la fuerza del gemir.

— ¡Pedro! ¡Pedro! — Llama con voz que al principio no quiere salir de su garganta, pero que fluye luego temblona, cascada, como rozando las palabras en el pecho antes de pronunciarlas:

— ¡Pedro!... ¡Pedro!

Y allá, en lo último del pasillo, destacándose sobre el fondo de colorines de una vidriera, aparece la silueta negra del viejo servidor.

Pedro es muy anciano; viene arrastrando los pies porque le faltan fuerzas para levantarlos, su espalda se encorva como tronco senil, y sus patillas largas y blancas, muy largas y muy blancas, le acarician los hombros.

En el corredor no se oyen más que los sollozos del duque y el rasguear de los pies de Pedro que se dirige hacia él.

— ¡Pedro! — dice el de San Esteban con voz quejumbrosa que le sale del alma y en la que pone todo su dolor con corona de lágrimas — ¡La pobre señora!... ¡Qué va á ser de nosotros sin la pobre señora!

El criado le mira dudoso mientras sus ojos lloran; el duque abre los brazos y en ellos cae Pedro como en los de un hermano.

De la sala llegan ya ruidosos murmullos de fuerte charloteo que inundan con sus notas el silencio augusto del largo corredor. En la vidriera del fondo se van apagando con la luz los colorines, y, de entre ellos, como lenguas que burlan, se destacan las manchas sangrientas de los cristales rojos.

MIGUEL A. RÓDENAS.

En la Estepa

Ni un verdecido alcor, ni una pradera !
Tan solo miro, de mi vista enfrente,
la llanura sin fin, seca y ardiente,
donde jamás reñó la primavera.

Rueda el río monótono en la austera
cuenca, sin un cantil, ni una rompiente,
y, al ras del horizonte, el sol poniente.
cuál la boca de un horno, reverbera.



Y en esta gama gris que no abrillanta
ningún color, aquí, do el aire azota
con igneo soplo la reseca planta,
sólo, al romper su cárcel, la bellota
en el pajizo algodonal levanta
de su cándido airón la blanca nota.

MANUEL J. OTHON.

CHISPAS

Fragmento.

De la vida, el dolor es la muralla
Que detiene al amor su trayectoria;
¡ Vivir la vida es la mayor batalla !
¡ Saber la vida es la mayor victoria !

La inconsciencia en el hombre es un agravio,
Y hay dos modalidades que desprecio :
Cuando el necio pretende ser un sabio,
Y cuando el sabio se convierte en necio !

Como el loco, el profeta es infeliz ;
De los dos, la palabra vale poco,
Porque el loco no sabe lo que dice,
Y el profeta no sabe si está loco !

Al humilde, humildad ; pero al tirano
Fulminan con soberbia mis miradas,
Porque el que besa á un despota la mano
Acostumbrado está á sus bofetadas !

Tienen los hombres, por ficción pomposa,
Sepulcros de magníficas cubiertas,
Pero no tienen una humilde fosa
Para enterrar sus pobres almas muertas !

¿ Eres pobre ? ... no llores ... no te entienden !
Son nobles tus miserias ... vive en calma !
¡ Más pobres son aquellos que te ofenden
Pues llevan la miseria dentro el alma !

Dos creaciones que la ciencia ilustra
Fortalecen el ser de mi existencia :
Dentro del alma llevo un Zaratastra,
Y tengo un Jesucristo en la conciencia !

Impresiones

Un libro de **Tulio M. Cestero**

CITEREA

Pensaba, cierta vez, que algunos escritores se saturan de tal ambiente «interior» de arte, que como los bebedores de éter lo exhalan... Y esa saturación se evidencia por un halo singular que emerge de su «obra», de su más insignificante producción. En efecto, ciertos escritores en un sólo párrafo de gaceta tilla revelan su temperamento de lucha, enérgico y agresivo, otros su delicadeza. Tulio Cestero, el exquisito prosador dominicano es un saturado: cuanto de su pluma sale ostenta un sello aristocrático (el arte es aristocracia) inconfundible.

«Citerea» diminuto y lujoso volumen que acaba de editar la casa de Rodríguez Serra de Madrid, hija de un modo definitivo, la personalidad simpática y atrayente de Cestero, literato de sólida reputación y ático burilador de la frase, que ha alcanzado un puesto de primera fila en América, á la edad en que otros empiezan, apenas, á iniciarse.

Muchas veces el nombre de Cestero ha acudido á mi pluma, siempre entre frases de elogio justiciero: porque desde luego, en las Antillas ningún otro artista supera el estilo delicado y grácil, terso y límpido de Cestero: él es á nuestras islas lo que Díaz Rodríguez ó Dominici á Venezuela, lo que Rodó al Uruguay, lo que Ugarte á la Argentina, la figura «internacional» más querida y estimada.

Gozar de la vida entre perfumes, entre hermosas, entre joyas y sedas, ese debe ser el ideal de Cestero, porque su talento refinado no es el genio combativo de Vargas Vila, ni tampoco le seduce el sereno apostolado de Ugarte, en su lucha

por la vulgarización del arte, ni el fiero gesto de Dominici desde «Venezuela». El alma de Tulio Cestero es un alma de contemplativo, de admirador, un espíritu que yace siempre en éxtasis de arte; que pasa sobre la miseria de este mundo sostenido por la gran fuerza interior de su propio espíritu, guiado por la luz de su alma generosa, rechazando, con suave gesto patrio, lo abyecto y lo vulgar. Un refinado de la Belleza, un espiritualizado del arte, eso es Tulio Cestero.

Tal vez podría hallarse en el gran poeta mexicano Amado Nervo alguna semejanza con Cestero, sólo que Nervo es más sentimental y emotivo, sujeto al influjo de ese morbo místico de los Huysmans y los Verlain.

«Citerea» el libro de que hablo, está formado por cuatro poemas dramáticos muy breves, casi esguinces, casi esbozos, llenos de unción artística, y en los cuales desfilan la juventud, el arte y la vida. El amor se aleja en ellos vagamente, como una nube ligera... Pertenecen los cuatro á ese género no bien definido que ha dado en llamarse «literatura intensa» febricitante, cruel, que llena los libros de D'Annunzio.

Los poemas: El Torrente, La Medusa, La enemiga, y La Sangre.

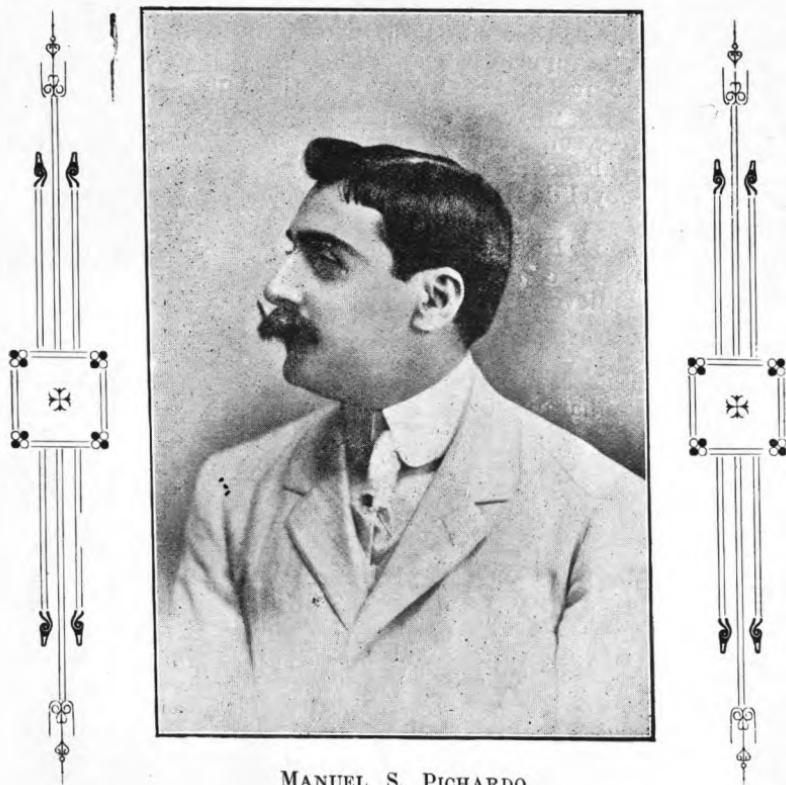
La Sangre es un cesto de rojos pétalos desvalidos arrojados sobre un lienzo de Goya; La Enemiga un cuadro macabro, doliente, fatal; La Medusa, es un idilio quebrado trágicamente; El Torrente es el desfile veloz, fantástico, de la existencia parisienne fútil y viciosa, implacable, brillante múltiple y... única, que dijo Emiliano Hernández.

La fantasía de Cestero se muestra obsesa por un sentimiento trágico, atenaceante. Sin embargo, su serenidad de artista resplandece sobre las crisis pasionales, sobre las tragedias del alma que describen las páginas de «Citerea» con una fugacidad de estrella errante...

El parnasianismo de Cestero se

impasible) y su propio sentimiento, su sensibilidad, su entusiasmo huyen y se esconden entre los encajes del estilo armonioso, dócil á la voluntad del artista que lo pliega y lo distiende, lo levanta y lo abate á su capricho ..

Anúncianse tres nuevos libros de Cestero: «Por los caminos» (im-



MANUEL S. PICHARDO

ha revelado esta vez más potente que nunca. Se hace preciso recordar el gran espejo de que hablara de Vinci, porque una serenidad absoluta resplandece sobre los períodos más vibrantes; el autor de «Citerea» se sustraerá á toda emoción (escribe, como quería Gautier, páginas emocionantes permaneciendo

presiones de viaje) «Sensaciones de estética» (crítica literaria) y «El Velo de Tanitt» cuentos y poemas en prosa.

Cestero es, pues, no sólo de los que valen, sino, también, de los que laboran.

Valga decir, en América, «rara avis» . . .

ARTURO R. DE CARRICARTE.

Habana, Agosto de 1907.

Motivo íntimo

Amada

Eucarística flor de mi huerto :
Sollocemos. ¿ No ves cómo vuelven.
Ateridas las noches de invierno ?

Recoge en el diáfano cristal de tu espíritu
Vaporosos perfumes etéreos
Y el suspiro que exhala en la noche la flor que se muere.

¡ Oh, sonríe y solloza conmigo ! Venzamos al Tedio.
Abandona, abandona, Alma mía,
El silente joyel de tu tiesto.

Ven conmigo. ¿ No ves cómo eae
Lenta, en haec copiosos, del cielo
Sombrío la nieve,

Y cubre los parques inertes de inmensos
Y puros aljófares
Que simulan harapos de lirios y nardos enfermos ?

Ven, y besa mis lívidos labios,
¡ Y mi testa repose en tu seno
Su rebelde cuadriga de ideas !

Hermana

¡ No, no beses mis labios ! En ellos
Del dolor el absinto circula ;
Besa sólo mis sienes de fuego.

¡ Qué iluminen mi espíritu, Hermana,
Tus ojos cual gemas radiantes y tiernos ;
Esos ojos que otrora prendían su dardo en mis venas !

Eucarística flor de mi huerto,
No eres más. Y, ¿ quién eres ? — Mi hermana ;
¡ No eres más el imán de mis besos !

Sus himnos de niebla
Preludia el invierno ;
Palidecen las albas ¡ Qué importa,
Si mi amor esotérico ha muerto !

PÉREZ Y CURIS.

PÁGINA ARTÍSTICA

POR ORESTES BAROFFIO

À Guzmán Papini y Zas.



El más viejo de la aldea

A doña Emilia Pardo Bazán.

Una tarde, de los primeros días de nuestra temporada de verano, en que los niños conversábamos en el balcón de nuestra casita blanca de la aldea; por el sendero que poblaban rumorosos cipreses y sauces umbrios, venía pasito á paso, cojeando, un viejecito muy viejo y muy encorvado, de nevados y luengos cabellos, y de barba florida y larga, que le daba el aspecto de un anciano mago de un cuento Oriental. Todos miramos con curiosidad y respeto á aquel anciano, que apoyado en un grueso bordón, pasaba sonando sus pesados zuecos de madera, y que sin mirarnos, seguía su camino como si estuviese fastidiado de ver niños en los balcones de las casas.

Mis hermanitas dijeron entonces: Pobrecito el viejecito que de tan viejo se va á morir!... Y nosotros los hombres nos reímos de los zuecos que chocleaban al andar...

Al dia siguiente, y á la hora en que el crepúsculo doraba la silenciosa campiña, por el sendero que llenaban con sus gemidos los sauces y los cipreses, venía el viejecito más viejo de la aldea. Aquella tarde no iba solo, una chiquilla le acompañaba sirviéndole de blando sostén á su cansado cuerpo. Qué bonita era la niña con sus ojillos morenos y picarescos, sus cabellos brunos y su pequeña boca de fresa, y qué buena se veía con su sencillo trajecito de blanco percal. Al pasar bajo la ale-

gría del balcón, nos miró á todos sonriente, como si quisiese ternenos por amigos. No había duda, la muchachita debía ser nieta del viejecito, sí, del viejecito que se iba á morir, como desde entonces lo llamamos.

Después supimos muchas cosas, entre otras: que el buen hombre se llamaba don Joaquín, que había sido maestro de escuela de la aldea durante muchos años, y que ahora, y en una ruinosa casa, olvidado de todos, vivía tan solo con el cariño de la querida nietecita de su alma, que desde muy pequeña había sentido también la amarga tristeza de la horfandad...

Y á medida que transeurriá el tiempo, *el viejecito que se iba á morir* se volvía más arrugado y más achacoso, mientras que la niña se ponía hermosa y sonrosada, como una manzana.

Y los días siguieron para nosotros con el delicioso encanto de los cuentos de brujas y de magos, en tanto que el otoño doraba las hojas de los áboles, las flores se marchitaban y los pájaros en bulliciosas bandadas se iban, se iban lejos... Y el *viejecito que se iba á morir* se tornaba pálido y frágil como una hoja de ese otoño que se llevaba en sus alas el viento helado y zumbador.

Una tarde, la última de nuestras bellas tardes en la aldea, y cuando los niños reímos haciendo fiesta de nuestra alegría, vimos á lo lejos un cortejo fúnebre que lentamente avanzaba

por el sendero de los sauces y cipreses. Las campanas de la ermita doblaban con eco lastimero; y en el cielo todo negro, había una tristeza infinita . . .

— Quién habrá muerto? preguntó; una de las niñas repuso: — De seguro que ha sido el *viejecito que se iba á morir*. Y todos dijimos, sí, debe ser el viejecito porque ya no podía con la carga de sus años. Pobrecita la ni-

ña — agregó otra de mis hermanitas — qué solita se va á quedar!

“Pero á poco vimos que el ataúd que traían en hombros los melancólicos aldeanos, era un ataúd blanqueo y pequeño, y detrás llorando, llorando mucho, todo encorvado y tembloroso, iba el *viejecito que se iba á morir* . . .”

RAFAEL ANGEL TROYO.

La resurrección

De “Los Ensueños del Jardín”

Para APOLO.

*Desvanecióse el gesto pensativo
que sangraba la dicha de tu sueño,
negaste el hombro al infamante leño
después de un vacilar meditativo.
Coronaste con ramas del olivo
la arruga desolada de tu ceño
y hubo en redor de tu triunfante empeño
la aprobación de un mundo intelectivo.*

*Huyeron para siempre derrotados
los nocturnos murciélagos odiados,
viejos demonios de tus dudas hondas;
y volvió á despertar la senda gualda
la tranquila caricia de tu falda
en tu lento pasear bajo las frondas.*

Alberto Lasplaces.



LA CANTACIÓN DE LAS LAVANDERAS

Plá!... Plá!... Plá!... En el río
que desdorda sus espumas y atraviesa la llanura silenciosa,
como frágil cinta tenue
escapada de alguna ánfora remota,
ó á manera de un gran crótalo gigante
que lamiese la epidermis formidable de las rocas,
suenan ruidos destemplados, suenan ruidos inacordes
que atraviesan, que penetran y se hunden
en la fronda,
despertando con el eco de su ruda
sinfonía,
en los árboles:
las hojas;
en los nidos:
las palomas;
y en las ramas:
el enjambre temblante de infinitas mariposas,
que parecen por encima de los árboles solemnes
infinitas banderolas,
que estuvieran anunciendo
la llegada de la riente primavera sonorosa,
la llegada del renuevo
y la vuelta de las hojas!...

Ese ruido que commueve las inmensas
soledades de la fronda
y parece que cabalga
sobre el lomo de las ondas,
es el ruido que hace el sucio
desprendido de lo blanco de la ropa.

Es un ruido muy humano:
es el grito de la Córrea,
es el eco de lo negro, la protesta de la mancha
y el diabólico rugido de la sombra.

Plá!... Plá!... Plá!... La rolliza lavandera
de morena carne gorda
se recoge las enaguas más arriba, más arriba
de las corvas,
y tomando
una pieza sucia y vieja, una pieza vieja y rota,
Plá!... Plá!... Plá!...
la sacude sobre el dombo gigantesco de las rocas,
la sumerge en la tersura
milagrosa de las aguas, de las aguas bullidoras
y la saca y sigue dando
con la pieza desastrosa
en la peña incombustible que parece junto al río

la pupila rocallosa
de una vieja lavandera
prehistórica,

que se hallara por los siglos y los siglos de los siglos
contemplando la carrera vagabunda de las olas
y lavando

sus inmensos lagrimales
en la seda delicada de las aguas bullidoras

Una vieja lavandera
sudorosa,
lava y lava
una pieza larga y tosca
que despidie de su seno
un extraño olor á drogas.

En la orilla de los ríos
una roca
recibiendo las inmundas
lavaduras de la ropa,
es el lomo de la humana
muchedumbre que soporta
el flagelo temerario
de las manos poderosas !

Quién pudiera... quién pudiera
ser ahora
una vieja lavandera,
una vieja lavandera de mirada ruda y torva,
para ir al manso río
del honor,
y en sus aguas luminosas y sonoras
y en el dorso de las peñas, de las peñas impasibles,
ir lavando... plá!... plá!... plá!... las inmensas bancarrotas
de las almas consagradas por la infamia y por el oro,
las inmensas bancarrotas
de las almas de los viles,
y lavarlas y lavarlas y quitándoles las sombras
y las manchas
ora negras como cuervos, ora sucias, ora rojas,
darles... darles... plá! plá! plá!...
sobre el lomo de las rocas,
sobre el filo endurecido
de las piedras silenciosas
y lavarlas y lavarlas y que quede solamente
ya deshecha la usurpada vestidura de las glorias,
y ante el ojo taciturno
de las turbas vengadoras,
el infame carapacho, con sus manchas y sus manchas
ora negras como cuervos, ora sucias, era rojas!...

DE LA VIDA

Llueve. El agua, al caer sobre el pavimiento de las calles, levanta un eco largo, sostenido, monótono.

Cuando el viento toma este eco y lo hace llegar á las ventanas desiertas, el eco de la lluvia añora melancolias de cantar. Cuando trepa muros arriba hasta tocar en los aleros donde se abrigan las palomas, el eco desmaya en languideces de arrullo. Cuando entra por las rendijas de las puertas y se llega á los oídos de una mujer, el eco toma tonalidades de palabras de amor y sabe á ducedumbres de caríños; pero si se cuela por las casas vacías, donde vive el olvido, el eco largo, sostenido y monótono, se quiebra en mudos ecos que nos hablan de suspiros, de quejas, de lágrimas.

No hay nada más melancólico ni más suavemente triste que un día de lluvia.

El alma de estos días tiene un eco para cada oído y un recuerdo para cada corazón. Para el mío tiene un gran recuerdo imborrable. Fué tarde de lluvia la primera en que yo di un beso en unos labios de púrpura. Erase en un pequeño gabinete que tenía un balcón á la calle, por donde se veía caer el agua en copioso aguacero. En el departamento inmediato al gabinete, un canario cantaba.

No hay nada más hermoso que la vida cuando el alma florece en ella. Y aquella tarde de lluvia lenta y tenaz, el amor florecía en mi corazón como una gran rosa de abril.

Llueve. Yo escucho cómo el agua suena en los árboles con gemitudo cantar; yo veo cómo las hojas sin vida caen de estos árboles y ruedan por el suelo pueras de lodo. Caen lentas, silenciosas, resignadas en medio de un ambiente de soledad y de olvido. Para estos árboles, que la otoñada tornó de hojas paliduchas y tristes, la lluvia tiene eco de *miserere*.

En los altos balcones que cierran cristales herméticos, la lluvia habla de soñolencia y de bien; suena á dulcedumbre y halago la lluvia que resbala por los cristales señalando extraños geroglíficos. Nada más arrobador que la música del agua cuando el bienestar nos rodea y el amor nos mima . . .

La tibia y suave caricia de unas manos blancas, la mirada honda, larga, pasional de unos ojos que nos quieren, la palabra toda amor y cariño que habla en nuestros oídos con cadencias de madrigal; el beso rápido, nervioso, que vuela de unos labios á nuestros labios con sabores de miel; todo eso de que se compone el gran encanto de la vida, resulta de sensación más honda, de sabor más dulce, de más bella ilusión, en estos días de cielos grises en que la lluvia cae lenta, prolongada, sonora. Porque el alma de estos días, romántica y melancólica, tiene un eco para cada oído y un recuerdo para cada corazón.

LOZANO CASADO.

La inolvidable

Me detuve en aquel ignorado lugarejo porque el ambiente que allí se respiraba, impregnado estaba de penetrante olor de uvas maduras y de innumerables rosas, y era dulce como la miel y ligero como el respirar de un niño; porque la soledad de aquellas montañas violetas, de aquel mar nacarado, turbada sólo por algunos rebaños y por aventureras velas latinas, me pareció propicia para los largos, para los vagos ensueños de un destierro voluntario, para una convalecencia de alma cuyas heridas lentamente cicatrizan; porque las mujeres ante la fuente allí se hablaban, con voz lenta y grave, de cosas legendarias, y portaban con bellos gestos sus cántaros barnizados.

La hostería tenía el aspecto sonriente. Emparrados tapizaban su fachada ornada de claros frescos y sencillos, según el gusto itálico. Plátanos, la cubrían con su fresca sombra. La rudeza de las sabanas compensada estaba con el aroma delicioso de lavanda y de iris que de ellas surgía y con su blancura inmaculada.

Las alegres canciones de las sirvientas la hacían semejante á una jaula llena de pájaros. Mis ventanas se abrían sobre el encanto, sobre las metamorfosis, sobre la fiesta de claridades, sobre el misterio de la azul Inmensidad.

Tuve allí días cuya voluptuosidad, cuya quietud infinita no sabría expresar; y tuve como un sobresalto de despertar, cuando, una mañana, el hostero me advirtió que uno de los criados de su Excelencia el príncipe de Cittafelice me traía una carta, recomendada cual un secreto de estado. Aquella violación de mi reposo me causó al principio un malestar: tentado estuve á no abrir la cubierta sellada con cera y dejar sin respuesta aquella carta. Luego, por curiosidad como por temor de pasar cerca de un nuevo

placer sin gustarlo, ó de alguna miseria humana sin aliviarla, leí estas frases que á pesar mío me conmovieron:

« Señor, — me escribía el príncipe, — hoy es que sé por los rumores que tengo el placer de poseer, casi en mis dominios, á pocas leguas de mi casa de campo, á un francés, pude que de París. Bendigo esta buena fortuna y os agradeceré el que os sirváis concederme siquiera una hora de entrevista, ó — lo que sería mejor, — que aceptéis hoy el compartir la mesa frugal de un solitario, de un soñador, de un triste. Ya veís que no escapo á traición y que desde el primer momento os doy completas señales de mi ser. Agregaré que una negativa vuestra avivaría mi melancolia. »

Hice enganchar mi sillón de posta y horas después, cuando el canto de las cigarras se mezclaba á las doce campanadas del medio día tembloteadas por un vetusto reloj, me sentaba á la mesa de aquel enigmático e imprevisto compañero de sufrimientos.

Tenía el aspecto gastado de los jóvenes que abatidos por un golpe demasiado rudo, arrastran la cadena de un dolor inolvidable. Sus grandes ojos apagados hacían pensar en esas charcas estancadas que lucen en las tristezas de las landas. Profundas arrugas hendían su amplia frente. Su boca ya no se plegaba á la sonrisa y sus largas manos pálidas tenían perpetuo temblor y parecían no tener vigor ni aún para sostener el vaso. Noté asimismo la estudiada elegancia de su vestir, el bouquet prendido en su botonera, la finura de su traje.

Durante el almuerzo, rociado por un vinillo blanco con reflejos de topacios y sabor de yesca, el príncipe fué encantador, espiritual, amable; burló su pobreza y el retiro al que le condenaban las pasadas locuras,

y me interrogó como un viajero que llega de lejanos países

Mas yo sentia que no me daba á conocer el fondo de su pensamiento; que tenía otras confidencias que hacerme; que esa evocación de la vida pasada en ese divino París, que es la Meca de los ansiosos de sensaciones y de los voluptuosos, ocultaba una historia que él no osaba y deseaba narrarme.

El dia transcurrió en vanos diálogos, y cuando el sol declinó, cuando las grandes montañas extendieron su sombra, el príncipe me condujo á un jardín donde se arrullaban palomas y saltaban rumorosos magníficos surtidores. Me detuve sorprendido al pasar por un bosquecillo de cipreses; escuchaba en la vibrante dulzura del crepúsculo un concierto de harpas, violones, flautas que palpitaba á lo lejos, y diríase que anunciaaba una fiesta galante

— « Es, exclamó el príncipe ante mi asombro, una pequeña orquesta que guardo para distraerme en mi desgracia. Ahor ejecutan una gavota. »

Dimos unos pasos más y, como agotado prosiguió:

— En verdad, mi querido huésped, no os he mostrado mi segundo pabellón, el que se alza á orillas del agua. Os agradaría verlo? Oh, ciertamente, contesté.

Seguimos otra avenida al cabo de la cual había una puertecilla que el príncipe abrió todo tembloroso. En un paraíso de plantas raras, tras de una cortina de follajes plenos de flores de violento perfume, apareció una especie de templo pagano con columnas de mármol blanco, con terrazas cubiertas de laureles rosas, con escalinatas de suaves rampas que descendían hasta el mar, acariciadas por las olas perezosas.

En un bosquecillo, los invisibles músicos continuaba su tierna y deliciosa sinfonía. Con voz sombría, extraña, por la que pasaba como un sollozo ahogado, el príncipe exclamó:

— Ah! señor: ved una casa en la que fui demasiado feliz.

Se descubrió como si hubiera penetrado en una venerada necrópolis y penetrámos en aquel adorable retiro.

Al mirarlo tan adornado por maravillosos ramales, tan bañado de luz, tan tentador, tuve la brusca sugestión de que una bella reclusa de amor, una adorada sustraída á las miradas con celoso cuidado, iba á deslumbrarnos con su gracia ideal, iba á surgir lánguida y radiosa y joven, de ese cuadro creado para su belleza.

En fin, sobre una de las estufas, en medio de un altar de flores, distinguí un retrato de mujer. Reconocí la bella cabeza revoltosa de Sonnette d'Orgy, aquella caprichosa cuya risa; ay! ya no canta; Sonnette d'Orgy que, fatigada de rozarse siempre con los mismos imbéciles, de no poder experimentar una nueva emoción, de no ser sino un juguete de amor, se mató el pasado año, como una griseta sentimental.

El príncipe se acercó á mí, pálido y tembloroso.

La conocéis? no es así? murmuró. ¿conocéis á mi Sonnette? Oh! decidme, os lo suplico, qué es de ella...

Comprendí que debía mentir, y le respondí

— No conozco á Madama d'Orgy sino de vista y no podría daros de ella la menor noticia...

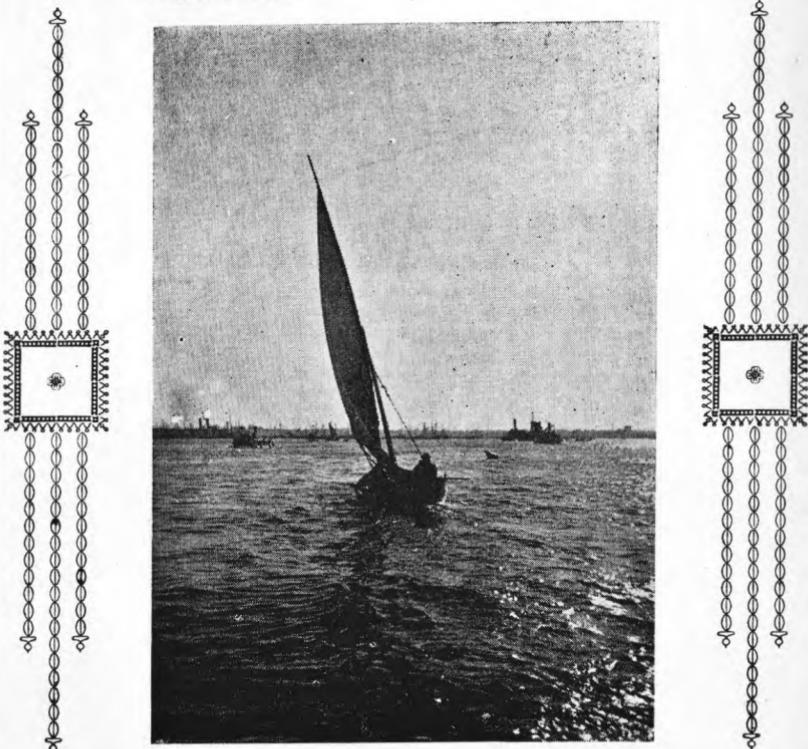
Con lágrimas en los ojos, me confesó su angustia, su amor. La había encontrado en Venecia durante un Otoño. Se habían adorado con todas sus fuerzas, con toda su alma, con esa demencia, esa exaltación que los neuróticos ponen en sus pasajeras fantasías de amor y de carne. Apasionada, extasiada, ella consintió en seguirle hasta ese rincón de la naturaleza perdido lejos de todo, y á él se dió en medio á esa decoración que le agradaba, como si jamás se hubiera dado á otro hombre. Pero, así que él, perdido su albedrío, tratara de desposarla, Sonnette despertó y, recobrado su aplomo, le respondió con una carcajada. Una noche cambiaron los besos de adiós, besos en medio á los cuales

se quería morir cuando se ama, y haciéndose fuertes para no llenarlos de llanto, se prometieron nuevas mañanas de alegrías y de ventura. Desde entonces el príncipe transformó el delicioso templo en un relicario de amor, y si Sonyette hubiese tenido el capricho de volver, habría creído al verlo que jamás lo abandonó. A las mismas horas, los mismos conciertos, las mismas flores preferidas sobre las consolas y rinconeras; los mismos perfumes en las cazoletas de cobre dorado con galantes emblemas. Todo lo que le quedaba de su fortuna, el inconsolable lo empleaba en aquel paraíso, en aquel santuario, en el

culto de su ilusión, de su miraje; en el pago de los harpistas, de los violones, de las flautas que, en los momentos de ensueño, durante el alba y el crepúsculo, evocaban el fantasma de la « innamorata ».

Y en tanto que en la noche sembrada de luciolas, galopaban los caballos con gran ruido de herraje, yo contemplaba tristemente el cielo y me preguntaba si existiría entre todas esas estrellas un país de ensueño, donde las almas elegidas, las almas fieles, las almas creadas para el eterno amor, cesasen de sufrir, tuviesen su recompensa, conociesen la delicia suprema ..

RENÉ MAIZEROI.



Arias sentimentales

Fuí soldado y en la brega dolorosa de la vida,
la traición me abrió una herida
y la herida al alma llega.

— Soldado, brega !

Soy poeta y cuando canta mi verso dulce canción,
del fondo del corazón
la amargura se levanta.

— Poeta, canta !

Es la noche. Triste llora
el cielo sin una estrella . . .
Un ruiseñor se querella
bajo la lluvia insonora.

— Poeta, llora !

Es el alba. El cielo ríe
sobre el monte y sobre el llano . . .
El sol que fecunda el grano
sobre mi frente sonríe.

— Poeta, ríe !

¡ Reir ! . . . ¿ Y cómo evitar
todo lo que hay que sufrir ?
¿ Cómo se puede reir,
cuando hay tanto que pensar ?
¡ Reir fuera mancillar
la seriedad de vivir !
Porque vivir es bregar,
bregar es acometer,
y no se puede vencer
sin herir ó sin matar.

ANDRÉS MATA.

Sonetto

Para Arolo.

Il sole impera nell'azzurro cielo,
Hanno gli ulivi tremolii d'argento,
Svanisce un canto ed un profumo al vento,
Sfuma lontan come di nebbia un velo.

Danno il profumo i fior di sullo stelo,
Col ritmo suo appassionato e lento,
Geme una fonte un gocciolar d'argento ;
Le querce annose le fan d'ombra un velo.

Si son raccolte intorno alla fontana
Tre montanine dalle treccie bionde,
Che cantan dolce come tortorelle

E bella é la canzone ed é montana,
Il sole filtra a sprazzi tra le fronde
E indora il crine alle cantrici belle.

DONATO BRUNO.

El amor

Penetremos en otra esfera gemela de la que hasta hace poco hemos explorado: la esfera del amor; y admiraremos el espléndido panorama que en ella se descubre. Veamos en que se funda esta energía que inmortaliza la expresión externa de la realidad.

El amor es el sentimiento de atracción que induce á los seres de distinto sexo á realizar su unión moral y material. Se ofrece de una manera distinta en cada caso particular, mas nosotros lo estudiaremos tan sólo en aquella forma que sintetiza todos los matices en que puede presentarse.

No en la abstracción del idealismo puro, que representa un imposible en la realidad de la vida; ni en la abyección de un materialismo repugnante que coloca al hombre al nivel de los brutos, sino en aquel justo medio en que un alma pura y elevada desarrolla todas las energías que le inspira su naturaleza física, y todas las aspiraciones que le despierta su esencia espiritual.

Y en este punto hemos de ver reproducidos todos los caracteres de la unión de los amigos en la fusión de los amantes, bien que completada por la atracción mutua de los sexos. Hemos de ver al débil uniéndose al fuerte; el constante al voluble; el ser de una raza al de otra raza opuesta; el afortunado al miserable; el docto al ignorante; el piadoso al descreído; la hembra varonil al macho afeminado. De esta manera observaremos cómo el proceso del amor no es más que la función instintiva del deseo que induce á los seres á completarse.

Los ejemplos de que hemos de valernos para demostrar nuestro aserto no tendrían un valor positivo si los sacáramos del seno de la masa ignorada, porque cabría la sospecha de que fueran un simple

producto de nuestra fantasía. Pero las tragedias del amor que se desarrollaron en el curso de los siglos, se inmortalizan en los tipos creados por los poetas de esta manera perduran y se transmiten á las generaciones del porvenir. Busquemos, pues, en ellas la materia de nuestra investigación, ya que los personajes que las exteriorizan, reproducen la realidad de la vida á través del esfuerzo artístico. Séame permitido, pues, realizar una breve excursión analítica por el campo de las grandes pasiones que la historia ha esculpido y los genios han consagrado. Remontémonos á la época más antigua.

Elena, la famosa beldad de la Grecia prehistórica, olvidó á Menelao, en quien se miraban el valor y la nobleza, para caer en brazos de Páris, cuya belleza física compararon los poetas á la de los dioses, pero cuya valentía y virilidad no corrían parejas con su hermosura. En la epopeya homérica vemos á sus hermanos decirle en más de una ocasión, que su único ideal era perfumar su cuerpo y adornar su cabellera para seducir á las mujeres. La divina Elena, educada en el seno de las expansiones atléticas y de los impulsos guerreros, poseída ella misma de varonil entereza, originó la horrenda hecatombe de Troya por su amor hacia un hombre atemido. Véase, pues, en este caso comprobada la atracción de los principios opuestos.

Estudiemos ahora algunos de los tipos creados por Sha espeare al calor de la leyenda.

Ofelia, imagen de la constancia y del candor, cifra su aspiración en el príncipe Hamlet, cuyo amor es tan débil, que se desvanece ante el propósito de realizar una acción, más vengativa que justiciera, contra unos seres que, aun siendo reos, habrían seguramente encontrado en su propia conciencia el castigo de

un amor incestuoso y de un crimen horrendo. Hamlet impide que se desarrolle el curso natural de la justicia absoluta, interviniendo como juez en el proceso de un hecho nefando, y por eso abandona á Ofelia, aun queriéndola, mientras ella se hace superior á las pasiones humanas, aniquilándose en las tinieblas de la locura y del suicidio. Y continúa amándole, aun viendo en su persona el asesino de su padre.

La inocente Julieta, heredera de los Capuletos, se enamora de Romeo, el hijo de los Montescos. Es decir: los vástagos de dos familias cuyo odio y rivalidad ensangrientan á diario las calles de Verona, tienden á realizar su unión en la llama del amor. El alma de Julieta exhala el aroma virginal de la primera y única pasión de la existencia. Romeo, en cambio, estaba, hasta el instante de la aparición de Julieta en el ambiente de su vida, loco de amor por otra mujer. La nueva pasión desvanece el fuego de la antigua, y Romeo se nos ofrece como el símbolo de la inconstancia y volubilidad, mientras Julieta brilla como la imagen de la firmeza. Y el perfume del amor aparece una vez más uniendo los principios opuestos.

La veneciana Desdémona, la belleza europea de alabastino cutis y cabellera de oro; la doncella temerosa que apenas ha visto otro aire y otro sol que el de su ciudad natal, ni conoce otro poder ni otras leyes que las que emanan de la voluntad paterna, se apasiona por Otello, el de la tez bronceada y cabelllos de ébano, el guerrero que ha luchado con los hombres y con las fieras, con el mar embravecido y con la atmósfera tempestuosa, el que ha penetrado en la espesura de las selvas vírgenes, el que ha recorrido las arideces de los desiertos tropicales. Y huye de la casa solariega para fundar aquella unión sublime en que se hermanan el espíritu ario y el africano, la inocencia y la suspicacia, la juventud y la madurez, el amor y los celos.

Examinemos algunos de los personajes que palpitán en las obras

fundamentales de Goethe. Hermann, el burgués acomodado, exacto prototipo del heredero de una familia alemana de vida regalona y sedentaria, se siente emocionado ante la visión de Dorotea, que arrastra su miseria y desconsuelo por los caminos públicos, en el seno de una caravana de desterrados; y su imagen le despierta la idea de amor. Es decir, le despierta el deseo de vagar por el mundo en pos de lo desconocido y al amparo de la suerte para librarse de una vida letárgica desarrollada en los muros de una ciudad pequeña, á la que viene condenado por el imperio de la herencia y el poder de la familia. Y este deseo se cristaliza en Dorotea, la adorable y desgraciada criatura que lo encarna en acción.

Veamos lo que pasa en el poema Fausto. Margarita, emblema de la ignorancia candorosa, espejo de la fe, es imagen de la belleza y juventud, siente el fuego de amor por Fausto, el hombre de conciencia escéptico y derrotado, el viejo convertido en joven por la magia de un deseo; el descreído que busca en la esfera de la ilusión del mundo, la verdad que pudo encontrar en la esencia de su espíritu. Fausto y Margarita se nos ofrecen como los símbolos de dos seres diametralmente antagónicos. Y en el misterio de su unión se vislumbra la fuerza redentora que ha de salvar á un alma ya casi sumergida en el abismo.

Prosigamos nuestra investigación en otras esferas. Francesa, la esposa de un ser contrahecho y repugnante, despierta de su sueño á la vista de Paolo, en quién se juntan la donosura y gallardía, es decir, en el ser que representa absolutamente todo lo contrario del que le dieron por esposo y señor. La majestad de su amor perdura á través de los siglos. Traspasa los umbrales de la vida para eternizarse en el campo de la muerte, y el espíritu católico del gran poeta italiano contempla, en el Infierno, la fantástica aparición de los dos amantes, perpetuamente unidos por los lazos de una pasión inextinguible.

Tristán, modelo de caballeros, encarnación del valor é imagen de la amistad, en la que profesa al rey Marke, su próximo pariente y soberano, enciende el sacro fuego en la nebulosa Isolda, la antigua prometida de Moraldo, la actual esposa del rey Marke, la futura amante de Tristán. En él se refleja la claridad del sol, el deseo de vivir, el afán del combate y de la victoria; en Isolda las sombras de una noche en cuyo seno no brilla el ilusorio astro que difunde el calor y la luz por el reino de la materia. Tristán es la inconsciencia de la vida terrestre, Isolda la conciencia de la Muerte. Y aquella sublime figura en quien se encarnan el eterno femenino y la fatalidad inevitable, inspira al héroe la llama de un amor tan grande, que traspasa la esfera mezquina del individuo, para inflamar la esencia del Cosmos. La llama que consume la energía del hombre para poner en combustión la inmensidad de lo creado; que funde al individuo con el Todo para engendrar una unidad suprema; que une al crepúsculo y al ocaso terrestre en el seno de la Noche absoluta. Tristán es el Día; Isolda es la Noche, y la Noche es la Muerte. En sus tinieblas ha de realizarse la fusión completa de dos seres opuestos é imperfectos.

Y estos ejemplos reproduciríanse en cuantos casos particulares analizáramos; siempre veríamos resplandecer la ley de atracción, en las corrientes afectuosas de sentido contrario. Al igual que se atraen las electricidades de distinto polo y se rechazan las de polo idéntico, se atraen y rechazan los seres. No puede ser el complemento nuestro el sugeto que posea nuestras mismas cualidades. El deseo de amor es un afán de perfección; y la perfección no puede lograrse sino adquiriendo lo que nos falta. Como desea un sexo unirse al otro para formar la dualidad andrógina que elabora el sacro símbolo en el cual radica la potencia creadora, así desea un alma unirse al alma opuesta para formar el ser perfecto, que jamás puede

encontrarse en el individuo aislado. El impulso orgánico y el deseo espiritual juntan las almas y los cuerpos en una ideal unión en la que el hombre se siente superior á las criaturas y al Universo. En ella vibra la esencia de la fuerza y la forma de la materia; la ilusión de la carne y la realidad del espíritu; en ella se refleja el misterio de la inmortalidad en cuyo seno se igualan la energía perecedera de los hombres y la potencia eterna de los dioses.

Y, así, vemos en la imagen de la mujer amada la perfección de nuestro cuerpo y la salvación de nuestro espíritu. No es tan solo la ninfa seductora en cuyos brazos hemos de apaciguar el volcánico calor de nuestra sangre; no es tan solo la mágica deesa en cuyos ojos hemos de ver reflejado el cielo de una dicha sobrehumana. Es más que esto. En su seno se revela el arcano del ser y del no ser, del día y de la noche, de la acción y de la inercia; en su atmósfera se disipa la dualidad funesta que nos empequeñece, para engendrarse el símbolo de la unidad ideal que nos redime. La predilecta hija de Venus; la venerada criatura de divino rostro y áurea cabellera, se nos ofrece como la única antorcha resplandeciente en la luctuosa obscuridad de la Creación; como la estrella polar en la diamantina bóveda celeste; etérea; misteriosa; guiándonos al norte de nuestra vida en el desierto de la tierra, como guía al navegante á puerto en la inmensidad del mar. Subyuga nuestra vista con los matices de su luz; adormece nuestro espíritu en los vapores de un ensueño en cuya realidad se desvanece la ficción del mundo; satura nuestro ambiente con el perfume de su emanación; aniquila en nuestra mente la conciencia de la propia personalidad, para hacerla revivir en el secreto de su esencia, donde se hermanan la claridad cenital y las sombras del crepúsculo; y disipa en nuestra alma el fuego del deseo, para hacerla sentir la delicia suprema de la fusión de los seres; para hacerla gozar

el éxtasis de la muerte en brazos de la Noche absoluta.

El sentimiento del amor es, pues, la encarnación del egoísmo; proclamémoslo sin miedo. La realidad es patente, y los ojos no pueden permanecer cerrados á la luz. Acep-

temos al egoísmo como la única fuente de donde brotan las aguas que inmortalizan la vida, y prosigamos nuestro camino, venerando siempre á la verdad, sea cual fuere la forma en que se nos ofrezca.

JOSÉ ANTICH.

Noctambulismo

Allá, tras el boscaje,
la tarde fué plegando paso á paso
el ruedo iridiscente de su traje
y un velo de tristeza en el ocaso
dió sombras caprichosas al paisaje.

En los cipreses lacios
el viento demostró su rebeldía,
rugiendo con sus pífanos reacios...
La tarde ensangrentóse en su agonía
y el cielo brotó un llanto de topacios.

En medio de nogales
el río murmuraba barcarolas,
espumas destrenzando en los trigales;
velaron su carmín las amapolas
y su arpa no pulsaron los turpiales.

¡ Oh noche de secretos !
En mi alma se posaron mil barruntos
cual huestes de murciélagos inquietos,
y entonces mis pesares ya difuntos
se irguieron como blancos esqueletos !

LISÍMACO CHAVARRÍA.

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

Citerea, POR TULIO M. CESTERO — BIBLIOTECA MIGNON MADRID. Tullio M. Cestero no es un desconocido en el ambiente intelectual de ambos continentes y mucho menos aún para los lectores del Arolo. Su último libro «Citerea», conjunto de cuadros abundantes de rica savia ideológica, es un bello libro. En sus páginas oreadas por rachas de erotismo, se loa á la vida intensa, al amor que no muere, que es ruego y es gloria. Escrito en forma de diálogos, todo él trasciende un vaho sutil de pasión, pero no esa pasión mística que no es más que una supervivencia morbosa del ultramontanismo católico, si una pasión ardiente donde hay besos que chasquean en el vértigo supremo del deseo y carnes que se estremecen como galvanizadas.

Cestero se nos muestra en «Citerea» todo un helenista profundamente convencido de la belleza y de la vida que radica en el amor. Su estilo es impecable y sereno. Tiene la dulce galanura del modernismo y la concepción ideológica de otras épocas, de un ambiente de refinamiento incompatible con el mercantilismo moderno. Cestero sabe sentir muy hondamente. Empapado en la belleza de las cosas, arranca los secretos que la exornan y los traduce en párrafos de una perfección admirable.

«Citerea» no es un volumen de muchas páginas. Es apenas un pequeño librito de cien páginas, con cuatro temas pasionales. La enemiga; La Medusa; El torrente; La sangre, he ahí los cuadros que constituyen el libro. No son muy largos, son sintéticos únicamente y la síntesis, en la literatura moderna, ocupa un lugar proeminente. Aunque el asunto que constituye la esencia misma del libro haya sido muy tratado, no por eso

«Citerea» deja de ostentar ideas sumamente originales. Pero lo que en el libro más se debe admirar, es la fuerza ideológica del párrafo, el oro de las metáforas, la urdimbre y envoltura delicada de la idea que se vierte fresca, espontánea y hondamente sentida.

Cestero enriquece bien con su libro la literatura americana. Vayan nuestras salutaciones, por el triunfo conquistado, al amigo que en el ambiente europeo, supo imponerse.

CANJE ORDINARIO.

«El Cojo Ilustrado», Caracas; «Zig Zag», Santiago de Chile, «Letras», Habana; «Tepic Literario», Tepic (Méjico); «Páginas Ilustradas», San José de Costa Rica; «Pedagogía y Letras», Guayaquil; «Guayaquil Artístico», Guayaquil; «Nueva Vida», San Salvador; «La Quincena», San Salvador; «La Nueva Revista», Buenos Aires; «Caras y Caretas», Buenos Aires; «El Orden», Minas; «Ecos del Progreso», Salto; «El Herald», Maldonado; «El Deber Cívico», Melo; «El Civismo», Rocha; «El Iris», Villa del Cerro; «Vida Nueva», Florida; «La Tribuna Libertaria», Montevideo.

REPRODUCCIONES

De nuestros números anteriores han hecho los periódicos siguientes:

El Herald, de Maldonado: «Equilibrio», por Moreno Alba; *Vida Nueva*, de Florida: «Alismo», por Vicente Medina y «Equilibrio», por Moreno Alba; *Nueva Vida*, de San Salvador: «Fragmento de Vida», por Pérez y Curis; *Germen*, de Buenos Aires: «Ráfagas de Rebeldía», por Pérez y Curis.

NUESTRA CARÁTULA

El grabado de la señorita Marta Tinoco que publicamos en la carátula, es una reproducción hecha de la importante revista costarricense «Páginas Ilustradas». El puede dar una idea de la altura á que ha llegado el arte fotográfico en aquella región centroamericana.

SOMBRERERIA JOCKEY . . . CLUB

Argerio y Lena

SE HACEN SOMBREROS DE MEDIDA



GRAN VARIEDAD EN ARTÍCULOS

- - PARA HOMBRES, RECIBIDOS - -
- - DIRECTAMENTE POR LA CASA - -

PRECIOS MODICOS

- Avenida 18 de Julio, 360 -

(FRENTE Á LA CONFITERÍA AMERICANA)

MONTEVIDEO.

REVISTA LATINA

Publicación mensual española



Director:

Francisco Villaespesa



De venta en todas las * * * * *

* * * * * librerías del Uruguay



Agente general en Montevideo:

~ ~ Luis Pérez ~ ~

Calle Ejido, núm. 190

Próximamente - - -

Viaje sentimental - - -

----- (POESÍAS) -----

----- Por Francisco Villaespesa -----

La inteligencia de las flores - -

----- Por Maurice Masterlinck -----

Precio de cada uno: \$ 0.80

Para pedidos dirigirse á

O. M. BERTANI
LIBRERIA MODERNA

18 DE JULIO, 342 - SARANDI, 240

MONTEVIDEO

APOLÓ

Revista mensual de arte y sociología

Director-Redactor: Pérez y Curis + Redactor: Perfecto López Campaña
Secretario de redaccion: O. Fernández Ríos

CUERPO DE REDACCIÓN

Juan Picón Olaondo — Montevideo.

Francisco Villaespesa — Madrid.

Manuel Ugarte — París.

Enrique Olaya Herrera — Bruxelas.

Luis G. Urbina — México.

Rafael Angel Troyo — Cartago de Costa Rica.

Guillermo Andreve — Panamá.

Froilán Turcios — Tegucigalpa (Honduras).

Santiago Argüello — León (Nicaragua).

Ar'uro Ambrogi — San Salvador.

M. Moreno Alba — Barranquilla (Colombia).

Miguel Luis Rocuant — Santiago de Chile.

Pablo Minelli González — Buenos Aires.

Rosendo Villalobos — La Paz (Bolivia).

Guillermo Lavado Isava — La Victoria (Venezuela).

Remigio Romero León — Cuenca (Ecuador).

Juan Guerra Núñez — Habana.

José de Diego — San Juan de Puerto Rico.